

## **Más allá de Judith Butler: reflexiones sobre “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad”**

### **Beyond Judith Butler: Reflections on "Gender Trouble. Feminism and identity subversion"**

**Víctor Daniel Guerra Zabala**

Colegio de la Frontera Norte, México.

victor.guerra@udea.edu.co | <https://orcid.org/0000-0001-7213-8904>

**Sara Yaneth Fernández Moreno**

Universidad de Antioquia, Colombia.

sara.fernandez@udea.edu.co | <https://orcid.org/0000-0002-9283-1666>

**Recibido:** 05 de agosto de 2021. **Aprobado:** 12 de febrero de 2022.

**DOI:** 10.25100/lamanzanadeladiscordia.v16i2.11510

**Artículo de reflexión**

#### **¿Cómo citar este artículo? / *How to quote this article?***

Guerra, Víctor, y Fernández, Yaneth. (2021). Más allá de Judith Butler: reflexiones sobre “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad”. *La Manzana de la Discordia*, 16(1), e20311510. <https://www.doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v16i2.11510>



## **Resumen**

*Judith Butler es una filósofa con una creciente importancia en los estudios de género. Su obra “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad” (1990) es uno de los textos pioneros de la teoría de la performatividad y de los movimientos queer. Este trabajo pretende ir más allá de Judith Butler, buscando generar mayores claridades conceptuales a jóvenes lectoras y lectores interesados en conocer su teoría y los diferentes supuestos o conceptos que la componen. Entre las ideas más importantes se encuentra el considerar el sexo como una construcción social y el género como un acto performativo sostenido culturalmente. Entre sus conclusiones más relevantes destaca, en primer lugar, que el sexo es una construcción que se legitima ante la ley por causa de su aparente “naturalidad”, en segundo lugar, que el género es un acto performativo sostenido culturalmente e individualizado en cada ingreso subjetivo a la cultura. Su obra resulta ser una invitación importante a vivir una época y un paradigma académico y político diferente.*

**Palabras clave:** Butler, género, performatividad, cuerpo, sexo.

## **Summary**

*Judith Butler is a philosopher with a growing importance in gender studies. His work “The Disputed Gender”. Feminism and subversion of identity” (1990) is one of the pioneering texts of the theory of performativity and queer movements. This work intends to go beyond Judith Butler, seeking to generate greater conceptual clarity for young readers interested in knowing her theory and the different assumptions or concepts that compose it. Among the most important ideas is considering sex as a social construction and gender as a culturally sustained performative act. Among its most relevant conclusions, it stands out, firstly, that sex is a construction that is legitimized before the law because of its apparent “naturalness”, secondly, that gender is a performative act that is culturally sustained and individualized in each admission. subjective to culture. His work turns out to be an important invitation to live a different time and academic and political paradigm.*

**Key Words:** Butler, gender, performativity, body, sex.

## **Introducción**

Judith Butler es una de las escritoras más influyentes de la filosofía contemporánea. En el ámbito académico internacional, la autora es reconocida ampliamente por sus importantes contribuciones a la teoría *queer* y los estudios de género. Su libro “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad” (1990), considerado como una de las obras fundacionales más importantes del feminismo posestructuralista y *queer*, sigue inquietando a las Ciencias sociales; desde su lanzamiento, su solidez y capacidad de convencimiento cautivó rápidamente a jóvenes investigadores, hombres, mujeres, disidencias y activistas de diferentes sectores políticos que vieron en este escrito una posible respuesta a los dilemas y problemas del viejo y del nuevo mundo (Vacarezza, 2017, p.1268). Sin embargo, abordar la obra de Butler es una tarea bastante compleja; por un lado, los problemas sociales y conceptuales que procura resolver, si bien gozan de popularidad, son difíciles de ser comprendidos dada su complejidad semántica (Plaja-Viñas, 2017); por otro, la colección de términos, categorías y enfoques que utiliza demanda en sus lectores información previa de distintas disciplinas como el Psicoanálisis, la Filosofía y la Sociología (Hernández y Pérez, 2019, p.122).

La autora estadounidense es algo así como una especie de *rockstar* para los estudios de género (Segovia, 2019). Su actual estatus académico se debe, entre otras cosas, a su capacidad para aglutinar de manera metódica algunos de los avances más importantes hechos desde la Antropología, el Psicoanálisis, la Política y la Filosofía al campo de los Estudios de género. Así, por ejemplo, los antecedentes conceptuales de la pensadora van desde autoras y autores muy reconocidos en las Ciencias sociales como Sigmund Freud, Monique Wittig, Jacques Lacan, Simone de Beauvoir, Michael Foucault, Jacques Derrida, entre otros y otras (Hernández y Pérez, 2019, p.126). Su pensamiento es leído junto a otra(o)s feministas postestructuralistas de importancia internacional para los Estudios de género y el feminismo como Donna Haraway, Rosi Braidotti, Joan Scott, Paul B. Preciado y Teresa de Lauretis (Vacarezza, 2017, p.1260).

La idea posiblemente más notoria de Butler, y factiblemente la que más controversia y extrañeza suscita en el escenario académico y político, es aquella que plantea que el *sexo es una construcción social* (Piedra, 2018, p. 11). Según la autora existe un esquema de pensamiento dicotómico caracterizado por una escisión radical entre la naturaleza y las cultura, semejante a lo que Giddens denomina dualismo acción-estructura. La epistemología feminista no es ajena a esta situación; durante mucho tiempo se pensó que el sexo era biológico y el género social. Para Butler,

tanto el género como el sexo hacen parte de un proceso biológico, político, psicológico y social con importantes especificidades en el tiempo y el espacio. Butler sugiere que el sexo, al igual que el género, es una categoría *histórica* que también se halla culturalmente construida (Zambrini y Ladevito, 2009, citado en Rocha, Pocoroba y Lozano, 2016, p. 44), por lo cual no tiene sentido alguno seguir definiendo género como la interpretación cultural del sexo, si el sexo es ya de por sí una categoría dotada de género.

La posición de Butler es que el género, más que expresión, rol o identidad de género, es un *acto performativo sostenido culturalmente*, esto significa que el género no goza del estatus de verdad o del privilegio de la univocidad, por el contrario, es una construcción social “figurativa” y dinámica que se re-produce en los apuros de la vida cotidiana. En palabras más sencillas, el género es percibido en facultad del carácter repetitivo o sostenido de la conducta humana, desde artefactos como la vestimenta (accesorios, autos, colores, zapatos, perfumes y maquillaje) hasta la dirección del deseo sexual, todos ellos elementos que atraviesan la escala micro, meso y macrosocial de lo que la autora denomina matriz cultural. Para la autora, no existe una identidad propiamente de género, lo que existe es un “apariencia de identidad”, un juego de expresiones de género subsecuentes que se solapan una sobre la otra para dar la sensación de inteligibilidad, sin embargo, aquello es propio del aparato opresor y dominante (Butler, 2006).

En el núcleo de la teoría *queer*, la autora propone realizar una *deconstrucción*, “bastante radical” para ciertos sectores, de la idea clásica de sujeto feminista, según la cual existen límites muy claros entre lo que es ser una mujer (o un hombre), y todo lo que está fuera de esa categoría. Butler considera que, para poder avanzar en la política subversiva del feminismo, es necesario rescatar una vieja pero conocida pregunta feminista sobre “qué es ser mujer y/o hombre”. Es por esta razón que Butler vuelve a Simone de Beauvoir, al igual que Giddens vuelve a los autores clásicos de la sociología. La respuesta de Butler, que es antiesencialista, sugiere que las cualidades que definen y diferencian a los sujetos son siempre arbitrarias y azarosas, y, sin embargo, reciamente organizadas por la cultura y por las tecnologías del poder. Butler sigue de cerca el planteamiento de Nietzsche, según el cual, hablamos como si hubieran “cosas que son”, “sujetos auténticos”, “individuos ejemplares”, pero el único modo en el que las cosas pueden *ser* es si están dentro de la subjetividad humana (Piedra, 2018).

De manera similar a la noción empleada de *capacidad de agencia* de Giddens, y a la adherencia del *habitus* de Bourdieu, la postura de Butler sobre el sujeto y su acción es una más que pretende romper con el dualismo acción y estructura. Para entender la idea de agencia en Butler es necesario ubicar las diferencias “entre performance y performatividad. La performance presupone un sujeto preexistente, mientras que la performatividad reta la misma noción de sujeto” (Reverter-Bañón, 2017, p. 65). La performatividad del género sugiere que existe un actor capaz de movilizarse individual y colectivamente, de generar ideas y resistencias frente a la hegemonía y de colocar en marcha distintos proyectos de vida, al considerar que el género está siempre en construcción, Butler emprende una crítica audaz al estructuralismo ortodoxo.

Butler piensa que no existe un lugar anterior a la ley que esté disponible y que pueda ser recuperado de alguna forma ¿Cómo explicar una realidad pre-discursiva —como la supuesta naturaleza del sexo humano— si no es mediante un discurso especial? (Butler, 2017a, p. 119). En el seminario XX y en otras de sus selectas obras, Lacan establece que, una vez que el lenguaje es introducido en el infante, no existe ruta de acceso alguna a lo perdido durante la incursión cultural. Al sellarse el pacto, el propio cuerpo y sus características pierden parte importante de su poder predictivo como instrumento para definir el destino de los individuos, de ahí que Lacan le otorgue una importancia considerable al *estadio del espejo* y al *complejo de castración* en la formación del sujeto. Luego, si el individuo se construye sujeto en el lenguaje, es porque el cuerpo mismo está investido por el lenguaje. De igual forma, Butler sugiere que la cultura, al ser productiva, define el ser y el hacer social (Duque, 2010).

En este orden de ideas, existen varios campos de dominio en la que suele utilizarse la teoría de la performatividad de Judith Butler desde el contexto latinoamericano (Cortés, Polanco, Retamal, Guerra y Farfán, 2018, p. 13), entre ellos destacan tres grandes figuras, la línea de estudios psicoanalíticos, la línea de estudios feministas y la línea de análisis culturales.

La lectura de Judith Butler desde Latinoamérica tiene diversas expresiones, una de ellas asociada al ámbito temprano de lectura de la teoría de la performatividad, la cual fue el psicoanálisis (Sáenz *et al.*, 2017). Curiosamente, los textos filosóficos de Butler fueron de gran utilidad para sectores académicos críticos de la teoría freudiana y lacaniana (Vacarezza, 2017, p. 1259; Butler, 2017a). Una de las ideas en las que concuerda la teoría de la performatividad y el psicoanálisis es que la sexualidad es instituida, esto significa que no tiene ningún privilegio de verdad, sustancia o

esencia; y es en este punto preciso en el que Butler aprovecha al máximo a Jacques Lacan (Butler, 2017b, p. 38). Sin embargo, se trata de una relación compleja donde la propia Butler recupera y critica los postulados lacanianos y freudianos.

Los estudios feministas adoptaron la teoría de la performatividad de diversas maneras. En esta línea de estudios, se examinan los aportes en la construcción del sujeto político, la posición de las mujeres en las relaciones de poder y el futuro del movimiento social. Las conjeturas de Judith Butler han permitido problematizar la tajante distinción entre sexo y género, entendiendo el sexo y el género como una situación histórica y no una obra de la naturaleza (Godoy, 2013, p. 84). Uno de los intereses más significativos de los estudios feministas es la crítica que plantea Butler al dualismo naturaleza-cultura, objetivo-subjetivo, local-universal, sexo-género. Es de mencionar que, en esta línea, también se han realizado fuertes críticas al trabajo de Butler. Una de las más sonadas es la idea de que su obra le resta importancia a la materialidad del cuerpo, además de considerar el desconocimiento de fenómenos de naturaleza económica. En esto último, autoras como Nancy Fraser, filósofa política estadounidense, hacen hincapié.

Otra línea de recepción fueron los estudios culturales; en esta línea se han considerado las conjeturas teóricas de Judith Butler para el análisis de rituales cotidianos específicos, en tanto acontecimientos reiterados ocurridos en determinados marcos de acción (Mora, 2017, p. 138). Algunos estudios se ocupan de la estética desde el juego performativo, la hiperbolización identitaria, una neo-barroquización de la identidad. Estos estudios se interesan por fenómenos como el dragqueenismo, que ha sido interpretado desde la academia *queer* como una práctica estratégica que conduciría a la resignificación de la matriz heterosexual o de la heteronormatividad (Villanueva, 2017, p. 100). También suele hablarse de la posibilidad de un estudio étnico con la teoría de la performatividad (Reverter-Bañón, 2017, p. 75).

Ir más allá de Butler significa romper con algunas “percepciones” descalificativas de su teoría; el nombre de esta autora provoca reacciones de todo tipo, algunas de ellas asociaciones erróneas con movimientos como la posmodernidad y el relativismo social. Más allá de Butler está lo que realmente interesa de la autora, su teoría. En este artículo se construye una reflexión de los principales postulados de la teoría de la performatividad de Judith Butler, basados en su obra temprana pero más importante “El género en disputa: feminismo y política de la subversión” (1990). En esta obra, la autora ofrece una arriesgada y muy coherente teoría del género y la

identidad. Este trabajo pretende aportar mayores claridades conceptuales a jóvenes lectoras y lectores de su teoría. A diferencia de sus otras obras, revisar esta permite establecer los orígenes y las primeras discusiones en el tema, proporcionar una reflexión más amplia sobre uno de los temas académicos y políticos más relevantes en la actualidad y facilitar la comprensión de un texto que es complejo debido a la variedad de disciplinas que incorpora en su análisis.

### **“Cualquier teoría del cuerpo culturalmente construida debería poner en duda el cuerpo”**

El punto de partida de la teoría de la performatividad lo constituyen las fuentes epistemológicas de los estudios de género. Según Gomáriz (1992), durante mucho tiempo el feminismo y los estudios de género defendieron la idea de que el sexo y el género son categorías analíticas distintas, mientras que el sexo se refiere al conjunto de aspectos fisiológicos y anatómicos asociados al cuerpo (sexo genético, fenotípico y gonadal), el género se refiere a la interpretación cultural, simbólica e histórica que la sociedad le atribuye a la diferencia sexual (roles, identidad y expresión de género). “*Nacemos con un sexo*”, varón o hembra, lo cual está previamente determinado desde el embrión y genéticamente determinado por la presencia del cromosoma Y, mientras que género e identidad es algo que se *adquiere en la cultura*, en la escuela, en el barrio, en la industria y en la comunidad. El género denota el conjunto de expresiones, roles y conductas socialmente establecidas que son propias de la cultura, mientras que el sexo está definido incluso antes de que el infante aprenda a hablar. Para el ser humano, el género es una regla impuesta, es un hecho social externo y coercitivo que tiene sentido, solo y exclusivamente, como ley a posteriori; entre tanto, el sexo existe antes, es el remanente de la naturaleza.

La diferencia entre sexo y género circula en las Ciencias sociales y humanas desde 1955, cuando los estudios psicológicos de John Money y Robert Stoller establecieron el concepto de *gender role* (Gomáriz, 1992). John Money fue el primero en establecer de manera conceptual una diferencia clara entre sexo y género, su estudio sobre infantes intersexuales (personas que al nacer presentan atributos sexuales tanto “masculinos” como “femeninos”) tenía como hipótesis central que las anomalías sexuales congénitas tenían tratamiento médico y que, a través de la cirugía de reconstrucción genital y el modo de socialización adoptado según el *sexo construido*, las personas intersexuales podían desarrollar una vida sin mayores complicaciones. Esta idea se filtró rápidamente en el telón del mundo científico, sin embargo, para esta forma de pensar es importante entender que “la idea del sexo surge dentro de un lenguaje hegemónico como una sustancia, como

un ser idéntico a sí mismo, en términos metafísicos.” (Butler, 2017a, p. 67). Robert Stoller, por ejemplo, denomina “núcleo de género” a los componentes de la identidad de género, los cuales se establecen por el ordenamiento de diversos atributos naturales que están sospechosamente en perfecta coherencia con los atributos sociales (Butler, 2017a).

En la teoría social existen diversas posturas que han criticado vigorosamente la idea del sexo como una construcción natural, entre ellas se ubica la de Irigaray, Foucault y Witting. Contraria a la creencia de que existen dos sexos, Irigaray sugiere que solo existe un sexo, el masculino, pues las mujeres como sujeto oprimido, carecen de una representación sexual emancipatoria, justamente porque hacen parte de una matriz cultural que fetichiza su *representación*, se trata de un ser excluido (Butler, 2017a). Irigaray coincide con Beauvoir en la creencia de que el sexo de la mujer representa la “diferencia” mediante lo cual el dominio del patriarcado se distingue. Por otro lado, Witting, al igual que Foucault, sostienen que el sexo hace parte del régimen de la *heterosexualidad obligatoria*, el hecho de que la diferencia sexual —varón y hembra— sea binaria y de opuestos “dos partes de una naranja bien cortada”, y esté instituida ampliamente en el esquema de reproducción capitalista moderno, es porque está supeditada a los objetivos “reproductivos” del sistema sexo-género. Por esta razón, el planteamiento de John Money y Robert Stoller se cimentó, en parte, en el análisis de la intersexualidad, pues estos cuerpos desmantelan el esquema binario al no encontrar una relación de opuestos (Butler, 2017a).

La diferencia radical entre sexo (naturaleza/objetivo) y género (cultura/subjetivo) le debe mucho a la tradición del pensamiento social que Giddens denomina “dualismo”. En las Ciencias sociales, el dualismo es una tendencia que yuxtapone la acción de la estructura, la sociedad del individuo, lo inmanente sobre lo trascendente, lo íntimo de lo universal, las instituciones de las prácticas, la naturaleza sobre la cultural, etcétera (Giddens, 2011; 2018). El sexo y el género son productos de este dispositivo de pensamiento que lleva la impronta del positivismo y el pensamiento hegemónico de las Ciencias naturales. El problema central es que, por un lado, desde este punto de vista, pareciera que las Ciencias sociales tienen poco que decir sobre el sexo humano, lo mismo que las Ciencias de la naturaleza sobre el género y la identidad corporal; por otro lado, la propia separación de sexo y género provoca, en la primera categoría, lo que Butler llama “*el sexo como una suerte de sustancia*” y en la segunda categoría un escenario bastante difícil para el análisis de diversos géneros y expresiones políticas.

De acuerdo con Butler, esta forma de pensar el sexo como un constructo natural es un error. Error que en realidad es un acierto para el pensamiento cosmogónico y dicotómico. El sexo como sustancia es pues, la creencia de que el sexo es una suerte de *realidad ahistórica*, carente de mecanismos sociales y humanos en su fabricación y legitimidad, un hecho natural que preexiste al lenguaje, y, por ende, a la cultura y sus diferentes códigos y dispositivos. Si el sexo es natural entonces es universal, está presente de igual forma en los diferentes espacios y momentos que componen la historia humana, no puede ser cambiado ni modificado, es un fenómeno idéntico, así mismo, explicable en sus propios términos bajo sus propias condiciones. En la terminología sociológica, hablar del sexo como “sustancia” equivale, aunque con ligeras diferencias, al sexo como una categoría “redificada”. La reificación es entendida como la observación, y, por ende, el tratamiento científico de hechos que son eminentemente sociales, culturales e históricos, como fenómenos naturales, tal como lo solía hacer Herbert Spencer y el funcionalismo al estudiar las instituciones sociales y la sociedad en general (Giddens, 2011).

Metafísica de la sustancia es una frase relacionada con Nietzsche en su crítica a la narrativa filosófica. Según Michel Haar, la filosofía se ha quedado atrapada en una especie de bucle conceptual sobre la noción de “ser” y la “sustancia”, por ejemplo, todas las categorías referidas al sujeto proceden de una misma imagen, la ilusión de “identidad sustancial” (Butler, 2017a). El “yo”, por ejemplo, es un dispositivo cohesionador que sirve para crear el efecto de simplicidad y orden, pero que es siempre ilusorio en tanto no existe un orden real de cosas que sea unívoco y permanente. El individuo es tan falso como los conceptos mismos, conviene pensar en el individuo como “apariencia”, pues la propia idea de ser es una unidad ficticia que se convierte en sustancia a través del ordenamiento coherente de atributos o cualidades. El sustancialismo le debe mucho a la formulación canónica del principio aristotélico de no-contradicción. Este principio engendró, entre otras cosas, la idea de que el lenguaje humano no hace otra cosa sino significar la realidad en su totalidad, en otras palabras, convierte estructuras que son únicamente lingüísticas en realidades que resultan siempre desbordantes a los esquemas de pensamiento; este fenómeno es parte constitutiva de la *episteme conceptual* mediante la cual se universaliza la idea de sujeto como una cosa sustantiva (Butler, 2017a, p.70).

Lacan califica este principio aristotélico como una tontería, en absoluto. Ciertamente el principio es que no existe como tal un principio. El único “principio existente” es que el sujeto es

siempre un “ser problemático”, carente de propiedades inmutables. De hecho, el propio método marxista analiza el estatuto lógico del sujeto con gran escepticismo si ello no implica una lectura obligada de la historia y las relaciones de poder. Con esta idea, tanto Lacan como Butler buscan resaltar que el lenguaje es una compleja estructura que opera con cierta independencia, pero que nunca es suficiente para explicar y organizar las cosas y los hechos, y, por ende, no existe una proporcionalidad justa entre la cosa y la palabra (Cosentino, 2016). Esta idea es importante si consideramos que el sexo es parte constitutiva del sujeto; ahora bien, si aceptamos que la noción de una sustancia constante es una construcción ficticia creada a través del efecto que produce el ordenamiento de atributos, entonces parece también que el sexo y el género son sustancias perpetuadas a través el establecimiento cultural (Butler, 2017a).

Para Judith Butler, la característica sustancialista del sexo es inadecuada; tanto el sexo como el género son procesos sociales, biológicos y políticos que intentan controlar y garantizar la reproducción misma de las relaciones de poder. Para la teoría de la performatividad cualquier teoría del cuerpo o del sexo debería poner en duda “el cuerpo mismo” por ser una tecnología de generalidad dudosa cuando se comprende como una sustancia prediscursiva y naturalizada (Butler, 2017a, p. 224). La escisión de sexo y género como categorías completamente distintas encubre una gran tecnología de poder, lo que un sector de las Ciencias sociales, movimientos sociales *Queer/Cuir* y disidencias sexuales y de género vienen cuestionando reiteradamente: el sexo es una construcción social. El sexo es natural porque el mismo discurso exige que se lo piense así; la finalidad, aunque no muy clara, es aceptar sin cuestionar la diferencia sexual hegemónica en la distribución asimétrica de poder, y, por ende, la dominación. Butler sugiere que la sustancia es en realidad una “apariencia de sustancia”, que evoca a través del efecto de la unidad la imagen, según la cual, es natural, pero, tal como lo ilustra Gross (2016), la sustancia es una construcción social e histórica que niega el carácter justamente social de los hechos sociales, pero no puede ocultar, por más que lo intente, su carácter fantasmagórico.

El sexo necesita del género y el deseo, por cuanto el sexo necesita de la legitimidad que le otorga el deseo heterosexual que distingue mediante una relación de oposición un sexo del otro, es decir, el sexo necesita de la institucionalidad de la heterosexualidad. Es por esta razón que, cuando un hombre manifiesta deseos sexuales por otro hombre, para quienes en apariencia no puede existir una “relación de oposición sexual” pues ambos son del mismo sexo, la sociedad no solo cuestiona

la naturaleza libidinal de ese deseo, al considerarlo “antinatural”, falso e ilusorio, también establece un nuevo patrón de oposición (activo/pasivo, masculino/femenino, dominante/dominado, penetrado/penetrador, fuerte/débil), es a esto a lo que se le denomina como heteronormatividad. Lo anterior quiere decir que el sexo, el género y el deseo son inseparables, son categorías interrelacionadas; si una de ellas se desvía, las demás también.

En “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad”, Butler critica la existencia de un objeto o cosa anterior a la ley, previa a la regla prohibidora del incesto. En efecto, la posibilidad de un sexo está supeditada a la condición de la ley, el problema es que la ley no es absoluta, y, por ende, necesita producirse a sí misma como ley universal a través de la apariencia de naturalidad. Esto tiene que ver con lo que denomina Foucault como *política de verdad*. Se trata de “una cuestión relacionada con el poder, con el poder de regular, un poder que determina más o menos, lo que somos y lo que podemos hacer” (Butler, 2006, citada en Escobar, 2016, p. 62). Esta política sexual precisa un armamento muy amplio de verdades sobre el cuerpo que intentan legitimarse a diario mediante la aparente *objetividad* de la diferencia sexual. Por ejemplo, muchas de las prácticas sociales están encaminadas a resaltar por A o B la diferencia corporal en solo dos coherentes “casillas sexuales” (hombre y mujer), las prácticas estéticas, gastronómicas, económicas, políticas, familiares y comunitarias erigen una fortaleza que separa diferentes cualidades para evitar la ambigüedad. Sin embargo, el propio discurso sustancialista se legitima vagamente al reclamar para él la frágil verdad que intenta sostener, porque, lo cierto es que, existen tantos cuerpos como sujetos, cada uno con sus particularidades.

La idea de que el sexo es una construcción social implica pensar el cuerpo, y tal como el título inicial de este apartado lo propone, cualquier teoría del cuerpo culturalmente construida debería poner en duda el cuerpo pues se trata de una tecnología de dudosa generalidad (Butler, 2017a). La propia inteligibilidad del cuerpo, “el trozo de carne” llamado organismo vivo, es solo posible en sociedad, es decir, en relación con el otro. Esto implica que el ser humano se encuentra en un constante proceso de interacción y construcción social, y que las y los científicos, por ende, deben desbaratar todas las nociones estáticas y redificadoras del sexo y el cuerpo, en tanto que no existe cadena signifiante que logre atrapar lo real de la realidad en un sentido unívoco, absoluto, general o duradero (Ruiz, 2018). Esto no significa que se niegue la existencia material del cuerpo, por el contrario, Butler sigue de cerca las ideas de Monique Wittig, autora materialista que cree

que el lenguaje es “otro orden de la materialidad” (Butler, 2017a, p. 78). Aunque Butler no es especialmente defensora de esta idea, lo cierto es que ambas, tanto Wittig como Butler, poseen una tendencia al pensamiento complejo y dinámico. Wittig, por ejemplo, a pesar de que es materialista, reconoce perfectamente el poder que posee el lenguaje para subordinar y excluir a las mujeres, el lenguaje puede modificar la realidad de manera radical, pero tal como se expresó anteriormente, la realidad siempre desborda la “ficción lingüística”.

En síntesis, la diferencia sexual hace parte de un poderoso régimen epistémico que ordena y controla los cuerpos, a este régimen Wittig le denomina “heterosexualidad”. Este régimen infunde y reproduce un pensamiento dicotómico que permeó a las Ciencias sociales y sobre el cual se creó la imagen del sexo como un fenómeno natural. Sin embargo, el poder de este régimen se mantiene, entre otras cosas, gracias al ocultamiento de la naturaleza social del sexo, pues en dicha operación se crea la “apariencia de sustancia” como un elemento que es constante y perpetuo, que le antecede a la cultural y que viene dado de manera objetiva. Butler sugiere que lo único que puede existir previo a la cultura es la historia y el tiempo en constante movimiento, con ello, la crítica de Butler va en dos vías: por un lado, crítica el pensamiento dicotómico y reduccionista de las y los científicos al pretender creer que, bajo la exuberancia del empirismo y el racionalismo, que trae tantas veces la autopsia de los genitales como muestra de la existencia sustantiva del sexo, es posible crear una verdad sobre el cuerpo y el sexo. Por otro lado, aclara que todo intento de defender y amparar tales generalizaciones puede resultar en una práctica colonizadora que intenta borrar la diversidad de los contextos.

**“La noción según la cual, puede haber una “verdad” del sexo, se crea justamente en la cultura”**

Si el sexo es natural, ¿qué posibilidades hay de estudiar esta categoría desde las Ciencias sociales y la historia? ¿Implica la idea de sexo natural la universalidad del esquema de dominación patriarcal? ¿En qué medida la idea sexo es una idea colonizadora? En efecto, la idea de sexo sustantivo es una idea colonizadora y racista, pues evoca la idea de que la opresión, sobre la cual se erigen con base fundamental en el sexo, el género y el deseo, es universal. La obra de Butler plantea una dura crítica al feminismo occidental, el cual ha intentado apoyar las luchas raciales, sexuales y decoloniales, al mismo tiempo que reproduce una visión masificada y global de un solo tipo de opresión sexual y de género, el del hombre blanco sobre la mujer blanca. En sus propias

palabras, “cada vez cobra más importancia hacer frente a la estrategia epistemológica colonizadora que subordinaría diversas configuraciones de dominación bajo el epígrafe de una noción transcultural de patriarcado” (Butler, 2017a, p. 92). Para la autora, al igual que para Lacan, aunque existen estructuras sociales, estas se individualizan como parte de un proceso estructurante, pero no sucede que ellas sean idénticas en todas las regiones y contextos, ni mucho menos que operen de forma equivalente en la diversidad de culturas.

La teoría de la performatividad pone en duda la problemática noción de universalidad y verdad en las Ciencias sociales, tanto en la idea de sujeto como en el meta-relato transcultural de las relaciones patriarcales de género. En su obra, Butler sugiere que las relaciones de poder no se expresan en abstracto, no configuran estructuras monolíticas cuya imputación social es meramente coercitiva, exterior y causal. El poder produce al mismo tiempo que gobierna, se trata de un régimen de “verdades” locales y globales, y tal es el caso que constituye propuestas definidas de civilización, protocolos médicos, relatos digitales, seguimientos educativos, historiales médicos, frases célebres, humor burdo, así como corporalidades específicas que les encarnan y que son distintas (Escobar, 2016, p. 83). Según la autora estadounidense, la noción misma de patriarcado corre el peligro de convertirse en un concepto colonizador que suprime o restringe la diversidad local de las relaciones de poder entre los géneros, los cuerpos y los sexos en los distintos contextos culturales e históricos (Butler, 2017a, p. 92). Por todo lo anterior, propone renunciar al intento universalizante de un solo tipo de dominación masculina, pues para la autora, la comprensión universalista y sistémica del sexo, del cuerpo y del patriarcado, todas convenciones sociales, es errónea, adolece de vicios teóricos que llevan la impronta del totalitarismo y del ahistoricismo (Hernández y Pérez, 2019, p. 122).

Indudablemente Rose, autora que cita Butler (2017a), está en lo cierto cuando dice que toda identificación culturalmente construida debe someter su lastre a la duda de su propia verdad, justamente porque tiene un fantasma que la acecha. Esto no significa que la teoría de la performatividad renuncie a la estructura objetiva de las relaciones sociales de poder de la que habla Bourdieu (2001), por el contrario, al considerar que el sexo no es simplemente natural, Butler insta el escenario más óptimo para el análisis social, histórico y cultural de este fenómeno histórico, tal como Irigaray, Foucault y Wittig lo estaban haciendo. Por su puesto, la sociedad

machista está dispuesta a defender su propio invento, cerrar las posibilidades de existencia humana a través de la exclusión, la marginación y la discriminación.

Si el sistema sexo-género posee particularidades porque en el centro de su existencia es el lugar donde todas sus tecnologías y dispositivos de poder adquieren sentido, porque es sobre ese espacio que su poder recae, es diverso y es particular. El cuerpo es el “centro” del sistema sexual y de género, estudiar el cuerpo es de vital importancia para las Ciencias sociales porque en él reinciden las tácticas más importantes del poder. “El cuerpo viviente es objeto de toda clase de estrategias políticas” (Escobar, 2016, p. 87). El cuerpo es el centro de la producción capitalista, sin él las industrias y las redes de producción no hallarían soporte, tampoco lo harían los Estados o los movimientos sociales, el cuerpo es pues parte importante en la constitución de la sociedad. Para Butler, el cuerpo es producto del poder que instauro, y el poder mismo cumple con dos premisas, la primera, hace referencia a lo que ella denomina “la capacidad productiva del poder”, esta se puede entender como la manera en que el sistema, a través de sus normas, discursos y prácticas, domina (vigila y castiga) los cuerpos, al mismo tiempo los construye y los elabora; la segunda, a “el mecanismo concreto mediante el cual el poder crea la sexualidad en el contexto de esta narración autobiográfica” (Butler, 2017a, p. 181).

En el cuerpo residen las fuerzas dominantes e inteligibles de la ley, la ley no sólo habita el sexo, sino que lo constituye como tal, lo gobierna, aunque lo constituye mal y por ende lo gobierna mal, en una dialéctica que se personifica en cada contexto social, local o regional. Existe una naturaleza del sexo y del cuerpo, esa naturaleza se llama la cultural, o más precisamente, la diversidad de culturas, costumbres, lenguas, arquetipos y estilos de vida. La naturaleza del cuerpo es la diversidad de cuerpos, del tamaño de los labios y su color, del tamaño de cejas y su forma, del tamaño de los senos, del tamaño de los penes, de la diversidad de vaginas, de la diversa distribución de la grasa corporal, del color de los ojos, de la forma del cabello, del tipo de nariz, de la forma de las orejas. El sexo es pues la creencia de que existen solo dos posibles coherencias entre todas las partes del cuerpo, que al pene le corresponde un cuerpo velludo y nariz gruesa mientras que a la vagina le corresponde cuerpos totalmente lampiños y delgados. El sexo es pues, una categoría racista generadora de estereotipos hegemónicos.

Hasta ahora, se han revisado diferentes argumentos por los que es posible cuestionar el sexo como un fenómeno natural, sin embargo, el argumento central, y, probablemente, el más fuerte

sobre el cual la única verdad posible sobre el sexo es cultural, es el que Butler recupera del análisis que Foucault elabora de los diarios de Herculine Barbin en el primer volumen de “Historia de la Sexualidad”. ¿Quién es Herculine Barbin, o también conocida Alexina B? ¿Por qué su historia resulta ser crucial en la obra de Butler? La historia de Herculine es bastante interesante y pertinente para las Ciencias sociales, se trata de una persona intersexual de la Francia del siglo XIX, a quien se le definió al nacer como mujer, pero más tarde, luego de un análisis médico, como varón. El término intersexual o “hermafrodita” es bastante problemático debido a la diversidad de definiciones y puntos de vista, pero por lo general, se refiere a una persona que al nacer posee características anatómicas variables de lo que se considera un varón y una hembra. Herculine escribe memorias durante su vida que luego Foucault estudia y de las cuales Butler recupera para asegurar que aquello del sexo es una construcción social y cultural.

Anteriormente, se comprendió que la idea sustantiva de sujeto era una bastante problemática, esto se debe, en parte, porque para la teoría de la performatividad, por ejemplo, el discurso heteroglósico de Herculine desafía la viabilidad de la noción de una “persona” o un ser que puede considerarse preexistente a la cultura y a la ley reguladora. De hecho, Herculine nunca pudo personificar los roles, estereotipos e identidades, todo aquello que constituye al sujeto, que la ley de la diferencia sexual le demanda, es decir, nunca pudo tener un género y un sexo en coherencia absoluta y universal, “precisamente porque no puede propiciar la ocasión en que esa ley se naturalice en las estructuras simbólicas de la anatomía” (Butler, 2017a, p. 191). El caso de Herculine, al igual que la mayoría de los casos de intersexualidad, han sido tratados por el lente de las Ciencias médicas como casos de anomalías anatómicas. Sin embargo, sabemos de mano de Foucault que la intersexualidad no es una enfermedad o una rareza, menos un “tercer sexo”, si no la imposibilidad sexual de una identidad. Según Butler (2017a), bien las partes anatómicas masculinas y femeninas se distribuyen conjuntamente en y sobre el cuerpo, no es esa la fuente real del escándalo, el escándalo viene dado porque precisamente las normas de género encuentran su límite en ella, su cuerpo es el origen del malestar.

¿Cómo puede ser posible nacer sin un sexo definido? El cuerpo de Herculine, “tal como la naturaleza lo-la fabricó”, la-lo dejaba por fuera de la misma noción del sexo biológico. El caso de Herculine es importante si consideramos que permite comprender que el sexo necesita de mucho más que la genitalidad, por ejemplo, para poder perpetuarse como sustancia. Herculine “nació sin

sexo”, por ende, “la sociedad necesita construirle uno, reorganizar los genitales y establecer el rol de género que le corresponde a ese sexo”. De lo anterior se infiere lo siguiente: la ley no es meramente una imposición cultural que genera un sentido reificado de sexo, también “la ley exige estar de acuerdo con su propia noción de “naturaleza” y adquiere su legitimidad mediante la naturalización binaria y la asimétrica de los cuerpos” (Butler, 2017a, p. 191). Lo interesante es que no solo Herculine está por fuera de la “naturaleza coherente del sexo”, todos y todas nos encontramos en esa misma posición, pues la sociedad está compuesta por una amplia gama de cuerpos distintos que arriban sin significado fijo y unívoco, desvestidos completamente. Esta postura rechaza de lleno las diversas formas de odio a las personas intersexuales y transexuales, para quienes la sociedad les asigna un sexo determinado.

Para Nietzsche, el cuerpo es una organización de múltiples interpretaciones (Piedra, 2018, p. 4). Tal como lo relatan muchas autoras y autores, el poder origina configuraciones específicas del cuerpo, normales y anormales, sin embargo, ningún cuerpo está por fuera de la política de vida que instauran las relaciones sociales de producción y la cultura misma. Los alimentos que se consumen, la ropa que utilizamos, todo lo que nos hace estar vivos o estables emocionalmente, está controlado por organizaciones sociales, sea la empresa privada, el Estado o la familia, y aunque la sociedad capitalista trata de *fetichizar* la mercancía ocultando su proceso de explotación social (alienación y enajenación humana), igual que el sistema sexo-genero fetichiza la categoría de sexo para ocultar su historia y creación social, lo cierto es que tarde o temprano la *subversión de la identidad* florece rápidamente.

La industria de los cosméticos, las cirugías plásticas y la estética capitalista es la prueba más fehaciente de que, constantemente, buscamos legitimar la inteligibilidad de nuestros cuerpos ante la norma de género. Si el sexo fuera a secas natural, tal como lo vende el discurso hegemónico, no debería existir la necesidad de rehacer su existencia mediante medios sociales disponibles como el color de la ropa, la forma de hablar, la forma de caminar, todo aquello a lo que denominamos o nombramos como género. La obra de Butler realiza una deconstrucción radical, propia de su método, sobre la aparente naturalidad biológica del sexo. *El sexo tiene algo de género*, tal como se advierte, la verdad del sexo es una cuestión discursiva creada justamente en la materialidad del cuerpo. No existe una relación objetiva que no sea lingüística, y en tal caso, la propia materialidad de la naturaleza juega un papel determinante en el poder de la palabra. Para Butler es claro que,

cualquier teoría que establezca formaciones rígidas sobre los atributos “naturales” del sexo y el cuerpo, constituye, de hecho, una forma de economía del poder.

El sexo es pues una construcción social, es algo que se adquiere en el lenguaje, y del cual no podemos asegurar, por más pretenciosa que sea la ciencia, que es experimentado de igual manera por todos los sujetos. El “sexo” es un *régimen epistémico y materialista*, “un lenguaje que crea la percepción al estructurar a la fuerza las interrelaciones mediante las cuales se advierten los cuerpos físicos” (Butler, 2017a, p. 203). La autora concluye que el sexo es igual que el género, son construcciones sociales ficticias; considera que los rasgos de la materia corporal son significantes sociales que se unifican mediante su estructuración dentro de la categoría de sexo y que son imposibles de personificar. Es decir, existe una imposibilidad indispensable o presupuesta de cualquier intento por apropiarse de la posición de “tener” el falo, “con el resultado de que ambas posiciones de “ser” y “tener” deben considerarse, según Lacan, fracasos de una comedia; con todo, esas posiciones deben estructurar y representar estas imposibilidades repetidas” (Butler, 2017a, p. 107). Si la vida cotidiana es un acto fallido, es lógico que, para evitar tramitar constantemente el fracaso humano y el no sentido de las cosas, la ley exija que se le piense como inexistente, ahistórica y forastera al sujeto.

**“No hay ningún ser detrás del actuar, del devenir: no existe una identidad de género detrás de las expresiones de género”**

Si el sexo es ya una tecnología del poder completamente discursiva y social, no tendría sentido alguno definir el género, al igual que una gran parte de la tradición epistemológica feminista y de los estudios de género lo sigue haciendo, como la interpretación cultural del sexo. Si el sexo es una categoría dotada de género que pertenece al régimen de la heterosexualidad obligatoria ¿Qué es el género entonces? ¿Cuáles son las diferencias centrales entre ambas categorías? Para Butler, el género no debe ser visto únicamente como la inscripción social e histórica del significado en el marco de su sexo predeterminado, “sino que también debe indicar el apartado mismo de producción mediante el cual se determinan los sexos en sí” (Butler, 2017a, p. 51). En otras palabras, la definición de género debe explicar la forma en la que opera la ley a través de sus diferentes dispositivos, a esa forma Butler le denomina “performance”.

El reto que supone reformular las categorías de género implica, entre otras cosas, deconstruir ciertas verdades sobre el género. La primera de ellas y más importante es su carácter *estático o coherente*. Butler sigue de cerca la afirmación de Beauvoir: “no se nace mujer, se llega a serlo”. Si esta idea es cierta y veraz para el feminismo y los estudios de género, entonces (ser) mujer o (ser) hombre es de por sí un término en *movimiento*, una construcción, un convertirse, “un construirse del que no se puede afirmar tajantemente que tenga un inicio o un final” (Butler, 2017a, p. 87). “No se nace mujer o hombre”, ser mujer u hombre es un acto *social* que está teniendo lugar en el espesor de tiempo denso y ordinario, está abierto al cambio, a la ejecución y a la resignificación de cada agente social. El género, una experiencia compartida y una acción colectiva, un performance, que, como un guion de teatro o una “receta de cocina”, necesita de actores individuales para reproducirlo como realidad social (Godoy, 2013, p. 86). Esto no significa que Butler desconozca la idea de que existen elementos estructurales que están presentes en diversas culturas; por el contrario, busca enfatizar tanto en la acción como en la estructura, al sugerir que este acto performativo hace parte de una matriz cultural.

Butler recupera la afirmación que hace Nietzsche en “La genealogía de la moral” en cuanto a que “no hay ningún “ser” detrás del hacer, del actuar, del devenir; “el agente” ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo” (Butler, 2017a, p. 76). Según Nietzsche (1972) el actuar es una mera invención añadida al hacer, el hacer es todo, esto no significa que no existe sujeto detrás del hacer; por el contrario, sugiere una cuestión distinta, *el sujeto es parte del hacer*, una propiedad del devenir o del obrar. El género mismo no tiene una posición ontológica diferente o preexistente de los diversos actos que conforman su realidad (Butler, 2017a). Mucho se dice del género como una realidad en-sí-misma, propia y diferente a los roles de género, las expresiones de género y la identidad de género, que una cosa es el género (masculino y femenino) y otra muy diferente son las expresiones individuales de género. Para Butler no existe género por fuera de la expresión, añade que solo existe voluntad de ser en el ser, que no existe una identidad de género fija y perdurable, solo los restos de una “resonancia”. En consecuencia, estamos atados al gobierno de la ley, y, por ende, subjetivados por este: no existe un “yo” ni antes ni después del proceso, sino que solo emerge dentro y para el proceso social (Butler, 2002 citado en Sáenz *et al.*, 2017).

¿Qué es el género? “El género es la estabilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas —dentro de un marco regulador muy estricto— que se inmoviliza con el tiempo

para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser” (Butler, 2017a, p. 88). El género es un acto observable, y, por ende, susceptible de ser estudiado, analizado y percibido a través del método científico de las Ciencias sociales. El género es la misma acción sostenida temporalmente en la estructura. En este sentido, no existen géneros verdaderos ni falsos, solo existe un arsenal inmenso de actos consumados consonantes y disonantes a la inteligibilidad y una apología natural a la autoridad de la ley (Butler, 2017a, p. 235). En consecuencia, “género no es un sustantivo, ni tampoco es un conjunto de atributos vagos, porque hemos visto que el efecto sustantivo del género se produce performativamente y es impuesto por las prácticas reguladoras de la coherencia de género” (Butler, 2017a, p. 76). Lo performativo significa que existe una problemática actuación del género en el lenguaje humano, lenguaje gesticular, representativo y colectivo, imaginario y oral, consciente e inconsciente, encriptado y comunicado, escrito y normalizado, visual y sensitivo, que se dice y es escuchado, propio de la subjetividad y la historia. Lo performativo significa que el género es un fenómeno visual, es una imagen simbólica en movimiento, un acto fuertemente regulado por la ley.

Lo que observamos normalmente como masculino y femenino es el efecto de “congelamiento” del régimen epistémico, Butler sugiere que “el congelamiento en sí es una práctica persistente y maliciosa, mantenida y regulada por distintos medios sociales. Para Beauvoir en definitiva es imposible convertirse en mujer, como si un telos dominara el proceso de aculturación y construcción” (Butler, 2017a, p. 88). Esta concepción de Beauvoir es realmente positiva para la autora, porque, aun cuando se considera que el género es un constructo social, los círculos académicos caen en el error de observar el género como algo estático. Así que el equivalente de ser una mujer, o ser un varón, es llegar a ser una mujer inteligible, o llegar a ser un varón inteligible. El costo de esta transacción simbólica y material se paga con cada acto físico y cotidiano; como resultado, tenemos un inmenso teatro de cuerpos que bailan la danza de quién interpreta mejor su papel, quién defiende más la idea de que el género viene desde las entrañas. En esto la masculinidad sí sabe jugar, la mayoría de las prácticas que desarrollan, van encaminadas a demostrar quién puede ser más contestatario, y, por ende, defensor de la ley. Pero, es aquí donde la autora es realmente convincente, ya que, al describir el afán del ser humano por interpretar su rol, Butler señala enfáticamente que “cabe la probabilidad de que se convierta en un ser a quien ni hombre ni mujer define realmente” (Butler, 2017a, p. 221-222).

En este punto es donde Butler aprovecha al máximo el psicoanálisis, al considerar que lograr una identidad concreta en ningún sentido es fijo; por el contrario, es completamente vivencial y como tal, no tiene un origen ni un final. Tal como se ilustra, la idea propia de Lacan sobre la “tragedia”, se asemeja a lo planteado por Butler en lo concerniente a que “llegar a ser mujer/llegar a tener una identidad concreta” es casi ilimitado, tal como lo plantea Llongueras y Pagès (2018) al cuestionar la idea de “yo”. El género es por lo general interpretado, “son performativos en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son invenciones fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos” (Butler, 2017a, p. 235). La forma en la que opera la ley es bastante sencilla, es a través de la performatividad. La performatividad no es otra cosa que un acto humano, es el carácter visto, escuchado y experimentado de la acción social, y del cual se puede decir, es la táctica por excelencia del poder/saber. La performance es una acción en desarrollo. Si el género es un acto, entonces existe una imposibilidad manifiesta en ser un género, esta paradoja resulta ser de las más interesantes planteadas en el libro. Los actos, como el cine romántico, siempre poseen un final abierto, un final reflexivo y melodramático del que se puede decir, nunca es conclusivo.

Todo esto no significa que el género sea una identidad carente de estructura. El género es un acto poderosamente controlado por los aparatos sociales y políticos que lo fabrican. Considerar que la postura de Butler es relativista es un error, aunque la extensibilidad de la definición y los términos bajo los cuales esta teoría se sustenta son bastante complejos, eso no equivale a considerar que sus conceptos hacen parte del relativismo. Para Butler (2017a), “la ley jurídica es en realidad mucho más fuerte que la ley empírica que lleva a cabo su conversión de género” (p.119). Es importante decir que, es en este punto que en la teoría de la performatividad se realiza una crítica a algunas teorías psicoanalíticas, y se considera un error desarrollar una teoría sobre la incapacidad del ser (Butler, 2017a, p. 119-120). Para la autora, el poder de la ley proviene de algo que no se puede alcanzar, como, por ejemplo, los estereotipos o arquetipos de género. Es por esta razón que la teoría de la performatividad parte del estudio de los rituales al comprender el mundo como un escenario de representaciones sociales (Cortés et al., 2018).

En síntesis, para la teoría de la performatividad, “la noción de una sustancia constante es una construcción ficticia creada a través del ordenamiento obligatorio de atributos en secuencias coherentes de género, entonces parece que el género como sustancia es cuestionable” (Butler,

2017a, p. 75). Debido a esto, la autora habla de géneros inteligibles, como aquellos comprensibles, entendibles, interpretados y leídos de manera coherente en el espacio social, en este caso los géneros inteligibles son masculino y femenino. Si el género pertenece al orden de la cultura y no de la naturaleza, se plantea que la palabra género no solo discurre en el hablar de los sujetos, también es, ciertamente, algo material que se puede observar en la vida cotidiana.

**La táctica más insidiosa y eficaz es, al parecer, una apropiación y una reformulación total de las propias categorías de identidad**

Si el sexo es una construcción social e histórica, y el género un acto performativo sostenido culturalmente, ¿qué campo de acción queda para los movimientos sociales *queer/cuir*, LGTB y feministas? Si el análisis de Butler la lleva a considerar que los sistemas jurídicos del lenguaje y de la política crean el campo actual de poder, y que las particularidades de cada estructura se consideran en los contextos en las cuales actúan, es lógico pensar que la estrategia política y académica más relevante es, al parecer, una apropiación y una resignificación total de las propias categorías de identidad, identidad sexual e identidad de género, “no sólo para negar el “sexo”, sino para organizar la concurrencia de numerosos discursos sexuales, plurales y diversos, en el lugar de la “identidad” con el propósito de conseguir que esa categoría, en cualquiera de sus formas, sea permanentemente problemática” (Butler, 2017a, p. 223). La tarea es pues, convertir la identidad en un constructo problemático, caótico, dinámico y ambiguo. Es por esta razón que la teoría de Butler resulta ser un campo fructífero de la política *queer* y disidente. Algunos de los argumentos que expone la autora para poder problematizar la identidad pueden observarse en las siguientes indagaciones.

Según Foucault y Butler, el cuerpo no es “sexuado” en algún sentido importante previo a su sanción dentro de las formaciones discursivas de las que hace parte (Butler, 2017a, p. 172). Al introducirse en la cultura y el lenguaje, el sexo queda investido con la idea de sexo natural, idea que le permite legitimarse constantemente y producir el mismo discurso que lo crea. En este sentido, es necesario iniciar por *desnaturalizar la categoría de sexo*, demostrar que, al igual que pasa con la identidad, el género y la orientación sexual, la aspiración del registro simbólico de ser la inteligibilidad cultural en su forma hegemónica, en su ideal puro y caótico, intensifica el poder de los fantasmas y de la maquinaria cultural, así como los distintos dramas identitarios fallidos, los cuales siempre tienden al fiasco mundano (Butler, 2017a, p.121). Es necesario, por ende, avanzar

en la perspectiva de la complejidad, entender que el sexo igual que el género tienen aspectos biológicos, sociales, culturales y psicológicos que son constitutivos de ambas categorías, no se puede separar sexo de género pues ambas categorías están interrelacionadas.

La política que plantea Butler en “El género en disputa. Feminismo y subversión de la identidad” va más allá del simple conservadurismo en el que suelen caer muchos círculos políticos ante el absolutismo y el determinismo cultural. Para un sujeto travesti, por ejemplo, la asimilación de la femineidad o de la masculinidad puede comprenderse como un proceso complejo de imitación —plagio— de la naturaleza identitaria y estereotipada de los géneros, tal como la cultura demanda que sean. Pero no ocurre así, tal como se sugiere, este proceso es más bien una complejidad que todos los seres humanos afrontan, hacemos una parodia del género, pues ninguno nace con una predisposición a la coherencia inteligible. La autora habla de *parodia*, concepto que adquiere un significado especialmente relevante, puesto que, en cuanto actuación disonante, no supone que exista un original imitado, sino que es la noción de un original lo que se parodia (Jarpa, 2018, p. 5). Pero esto no es equivalente a negar el papel del sujeto; como sugiere de Oliveira (2019), la relación entre las singularidades y la ley es de tensión, el “yo” hace parte de una estructuración normativa que exige una libertad —confesional—, una libertad de asociación con ella. Esta idea se puede hallar también en el sociólogo inglés Anthony Giddens, quien cree que la estructura se surte de la libre acción de los agentes humanos, funciona y opera a través de las rutinas sociales.

El fenómeno *drag* es un ejemplo de estudio de esta política subversiva. Tal como sostiene Villanueva (2017), la-el *drag queen* no es solo un hombre que se viste y actúa como mujer, verlo así es, en principio, reduccionista. La-el *drag queen*, por ejemplo, intenta expresar algo que “es” y no “es”, lo que no puede ser verbalizado fácilmente, no porque deje de un lado el simbolismo que proporciona la cultura, por ejemplo, de los estereotipos femeninos o masculinos, por el contrario, busca exagerar y personificar los símbolos a tal grado que se vuelven irrisorios. De esta manera, el carácter virtual de la ley se revela como parte de una sobreutilidad de la ley. Esta política ha inspirado a activistas del movimiento *queer*, sobre el supuesto de que, es posible deconstruir y resignificar las identidades con base en la acción y la agencia humana. Tal como afirma Freud en “Tres ensayos sobre teoría sexual”:

es la excepción, lo raro, lo que nos revela cómo está formado el mundo mundano, que se da por sentado, de los significados sexuales. Sólo desde una posición

conscientemente desnaturalizada, se ve cómo se crea la apariencia de naturalidad. (Butler, 2017a, p.197)

Por consiguiente, lo que queda “fuera” habla de una lógica que permite desnaturalizar lo ya perpetuado en la sustancia discursiva y alienante, “nos ayuda a entender que el mundo de categorización sexual que presuponemos es construido y que, de hecho, podría construirse de otra forma” (Butler, 2017a, p. 197). Sin duda alguna, su propuesta abre diversas posibilidades tanto académicas como políticas.

Otra indagación importante es la distancia que toma Butler con el *estructuralismo ortodoxo*, al decir que “esta estructura de tragedia religiosa en la teoría lacaniana socava, en efecto, cualquier estrategia política cultural de crear un imaginario diferente para el juego de los deseos” (Butler, 2017a, p. 121-122). Para la autora, el propio discurso simbólico que asegura el fracaso de las tareas y actividades que impone, intenta perpetuarse mediante la aparente “imposibilidad” de sus objetivos, lo que garantiza la obediencia y el padecimiento, mejor aún, le proporciona a la sociedad, la idea de lo inferior que es el sujeto ante la ley, la cual crea el mismo sujeto histórico hablante en el marco de su subordinación, de él mismo y de otros sujetos (Butler, 2017a). En otras palabras, aunque existen estructuras sociales, los individuos poseen agencia, pues participan activamente en las dinámicas sociales y culturales. Esto no niega la violencia sexual y de género como forma histórica de poder y exterminio, por el contrario, acepta que, una actuación que salga de los márgenes establecidos por el sistema heteronormativo será castigada, precisamente, porque expone el carácter accesorio y virtual de la ley.

En efecto, el debate sigue abierto en los círculos humanistas, feministas y filosóficos; lo importante es comprender que la propia estructura jurídica que regula el género, el sexo, el cuerpo, la sexualidad y el deseo asegura su permanencia en la normalidad. En la obra, Butler considera que una de las formas más productivas de hacer frente a la estructura jurídica es resignificarla, reformular las categorías que la componen de tal forma que el propio uso de la categoría quede sumergido en una lógica tan caótica que problematiza su propia existencia. Esto tiene sentido si recordamos que para Butler la cultura es conductivista, le interesa la economía de los signos, se preocupa por los márgenes, genera una equidistribución de la ilusión de un yo con un género constante (Butler, 1998 citado en Astudillo, 2018). Todo aquel que rasgue con esta economía renuncia al contrato social del silencio, porque el temor más grande de la “heteronorma” es que

hablemos de su falsedad, y es, en este sentido, que la estrategia más idónea, en principio, es deconstruir ciertas “leyendas” sobre algunos fenómenos sociales.

### Discusiones

Existen diversas críticas establecidas a la obra “El género en disputa” de Judith Butler, por un lado, hablan de su concepción precaria y errática de agente/acción, la cual se ve reducida por las leyes de la inteligibilidad cultural y las regulaciones del sistema sexo-género. Si el sexo y el género son construcciones sociales regidas por un sistema social, ¿qué posibilidades de agencia humana puede emerger en el contexto de la sociedad capitalista actual? Frente a esto, la autora deja muy claro que “los constructos son “reales” en la medida en que son fenómenos ficticios que adquieren poder dentro del discurso” (Butler, 2017a, p. 210). Tal como lo narra a lo largo de su libro, los discursos son ejercidos y practicados por individuos situados, y es en ellos, donde el poder se reproduce, de forma casi que dialéctica. Es probable que la noción de *performance* sea un claro ejemplo de su visión comprensiva de la estructura y de la acción, pensar el género de esa manera implica entender los códigos, los dispositivos y los estereotipos más globales y genéricos de la sociedad, como las singularidades y las particularidades de los individuos. Es por esta razón que a la autora se le cataloga como *postestructuralista*, tanto por su visión amplia del sujeto como por su crítica al estructuralismo.

Contrario a lo anterior, algunas críticas destacan una suerte de *voluntarismo* en la teoría de la autora, una definición poco convencional, no escuchada con tanta fuerza desde los postulados de Talcott Parsons y su estructura de la acción social. El voluntarismo es un término usado para describir aquellas visiones en las Ciencias sociales, especialmente la del funcionalismo, que le otorga una importancia a la capacidad de los individuos de elegir “reproducir” la moral y las normas que componen a las instituciones como la religión y la familia. Sin embargo, esto es inexacto, tal como lo indica Moreno y Torres (2019), aunque las acciones son elegidas, los sujetos no pueden simbolizar cualquier identidad, tan simple como cambiar de ropa o lavarse las manos, porque actúan en un medio contextual de normas culturales y expectativas conductuales. Es decir, para Butler los sujetos no pueden deshacerse del género de forma espontánea y transitar de forma “rápida” a otro género, es falso que la dirección a lo simbólico sea siempre voluntaria y consciente. Tal como lo escribe la autora, “Ser” el “Falo” y “tener” el “Falo” anuncian posiciones sexuales

diferentes, posiciones imposibles en el lenguaje, y es por esta razón que los individuos no siempre actúan voluntariamente (Butler, 2017a, p.103).

Algunas interpretaciones de la obra sugieren que la autora cae en una *deconstrucción radical* del cuerpo, olvidando con ello algunos factores del materialismo-histórico. Esta es, quizás, una de las críticas más fuertes que ha enfrentado Butler y es la de tratar de desmaterializar el cuerpo o de restarle importancia. La misma autora así lo ha expresado en obras posteriores como “Los Sentidos del sujeto”. Es importante considerar que, al sugerir que el sexo y el género son construcciones sociales, en ningún momento se descarta el hecho de que el cuerpo posee una materialidad muy específica, más bien conviene pensar que las construcciones sociales se refieren a *procesos*, en este sentido, involucran diversos aspectos y dimensiones de la realidad social que están en constante cambio. Frente a esto, es de observar que el debate continúa, tanto en la política como en la ciencia, con relación a las posibilidades del cuerpo como campo de la política y la construcción paródica. En este primer acercamiento, lo cierto es que la autora le otorga mayor importancia a entender el género como un acto de habla performativo mediante el cual se construye la realidad de los cuerpos (Vázquez, 2018, p. 13).

Su libro no solo ha despertado críticas académicas, también de naturaleza política, entre ellas se ubica la idea bastante generalizada de una suerte de “pesimismo” para con la lucha política y con el cambio social. En la obra de la autora, es muy claro el énfasis en la idea foucaultiana de que el poder ya no solo busca excluir a los sujetos en espacios cerrados, o no es ese simplemente el propósito del que actualmente no se avergüence, el poder busca crear a los individuos, modificarlos y apropiarse de las mentalidades, de las conductas, de los flujos de la comunicación cotidiana y de la generalidad de las relaciones sociales (Escobar, 2016, p. 92). Debido a esto, es considerable que para la autora “el poder no puede ser ni retirado ni rechazado, sino sólo replanteado.” (Butler, 2017a, p. 217). Si bien el actual campo de poder no puede ser eliminado de manera automática, si es importante considerar que la política de Butler, que es centralmente una de reconocimiento, “consiste en elaborar, dentro de este marco constituido, una crítica de las categorías de identidad que genera, naturaliza e inmoviliza las estructuras jurídicas actuales” (Butler, 2017a, p. 48). Cuestión que invita a conversar sobre el objetivo central de los actuales movimientos sociales en su conjunto, entre los que se ubican algunos sectores del feminismo, del movimiento LGBT, *queer/cuir*, etcétera.

Es importante considerar que, más que un manifiesto teórico acabado o un debate de gacetilla intelectual, las ideas que plantea Butler en su libro abren un escenario bastante relevante para el análisis de la realidad social, por ejemplo, tal como sugiere Vázquez (2018), el estudio de la matriz cultural como una estructura semiótica, abre muchas posibilidades para la comprensión de diversos fenómenos culturales. Adicionalmente, es necesario decir que este sistema sexo-género es violento y excluyente. El problema radica en que no existe una verdadera mujer, o un verdadero hombre; ser mujer y ser hombre son construcciones sociales que deberían estar abiertas y ser accesibles a quienes así consideren significar su experiencia vital y cultural. Y aunque existe un privilegio masculino en la significación, esto es, falogocentrismo en la terminología de Derrida, no podemos negar que existe la posibilidad de agencia, que no solo existe en oposición al poder o como acto de resistencia social, esta también puede estructurarse dentro de la subordinación y la marginalización (Godoy, 2013; Mora, 2017). Es en este sentido que lo propio de la política *queer* es la resignificación y la deconstrucción de las identidades.

Ahora bien, es importante considerar que, aunque la obra de Butler emprende una crítica de manera indirecta con el pensamiento moderno fundado con Descartes, Hume y Kant (Rocha, Pocaroba y Lozano 2016), es necesario considerar que existen tanto autores como fenómenos importantes que parecen invisibles desde la lectura que realiza la autora. Si bien es cierto que Butler plantea un problema que es centralmente de reconocimiento antes que, de distribución, se echa de menos en toda su obra la ilación necesaria que deben tener estos problemas conceptuales con la realidad económica de las sociedades capitalistas contemporáneas. Las clases sociales y la raza parecen ser hechos bastante lejanos y distantes para quien lee su texto esperando un análisis más allá del género y el sexo. No obstante, es importante considerar que, si bien esta conexión no es muy evidente, su escenario conceptual es bastante fecundo para pensar las relaciones posibles de estas nuevas definiciones de sexo y género con el análisis de la sociedad capitalista y su estructura de relaciones sociales objetivas, tanto en el nivel macro como en el micro.

### **Conclusiones**

Este artículo presenta una revisión de algunas ideas a partir de la propuesta de la teoría de la performatividad elaborada por la filósofa Judith Butler. Para ello, se han revisado las ideas formuladas en la obra “El género en disputa: feminismo y política de la subversión” y diferentes artículos que han sido publicados en torno a la teoría de la performatividad.

Quizás la cuestión que reúne con singular sutileza la mayoría de las ideas planteadas con anterioridad sea la problematización de la verdad. ¿Existe la verdad? ¿Existe una verdad sobre el cuerpo? ¿Existe una verdad sobre el género? ¿Existe una verdad sobre el sexo? ¿Qué es el género? Para la autora, estas categorías son construcciones sociales que están mediadas por una ley que determina, regula y define la forma de vida, y, por ende, los sujetos que se ubican dentro de la sociedad. No existe nada antes de la cultura, lo único que existe anterior a la ley y al lenguaje es el mismo proceso histórico que entrelaza lo biológico, lo psicológico, lo social y lo político y que se edifica en la noción propia de matriz cultural.

Por lo anterior, es lógico pensar que la premisa según la cual el lenguaje es otro orden de la materialidad, toma relevancia; las estrategias diseñadas por el poder para legitimarse se valen de esta característica del lenguaje. Para la autora la inteligibilidad de lo que se ha denominado cuerpo, es posible únicamente si se hace en relación con los otros seres humanos, por lo que existe toda una economía de significados y significantes. Tal como lo ilustra el caso de Herculine, la ley jurídica —tecnologías de poder— formaliza una suerte de ley empírica sobre la base de que existen cuerpos normales y anormales, cuerpos posibles de ser y otros que son excluidos.

Uno de los ejemplos de los que se vale la autora para explicar su idea de la identidad en constante flujo y dependiente de las experiencias del día a día, es la cuestión de ser mujer, un objetivo simbólico imposible, que para lograr alguna inteligibilidad ha de ser cambiado por el llegar a ser mujer. Es por ello que resulta más conveniente hablar de las mujeres y los cuerpos. Butler parte además de ideas expuestas por algunas teorías psicoanalíticas; para la autora la relación entre lo simbólico y el sujeto desemboca inevitablemente en el fracaso, la identificación y el drama “ser” y “tener” el Falo es una fantasía. Por ello, para la autora la dicotomía sexo-género no es más que una estrategia para la reproducción de los ideales del sistema económico social. Butler realiza su análisis de lo social aplicando la metáfora teatral en la que el “valor” de la actuación cobra sentido en la repetición (el performar), por ello, es en la cotidianidad, en el actuar de cada individuo que se validan esas exigencias simbólicas.

En cuanto a la cuestión de la identidad de género, Butler presenta la idea de que no existe género más allá del performar, o en sus propias palabras “no existe un “ser” detrás del hacer”, los cuerpos hacen identidad de género en su actuar micro-meso-macro-social-político. La autora, además presenta una posibilidad de hacer frente a estas políticas de verdad socialmente construidas

a partir de la construcción de una biografía reflexiva, crítica y con los demás. La resignificación de la estructura jurídica es la estrategia más productiva para hacer frente a ella. Por ello, Butler al igual que Freud, buscan visibilizar los cuerpos anormales, los raros y las excepciones a la norma; son dichos cuerpos los que permiten desnaturalizar lo ya construido y perpetuado. Su libro resulta ser una *carta de bienvenida* a una época académica y política distinta, marcada por el fenómeno de la globalización y la liquidez de la modernidad.

### Referencias bibliográficas

- Astudillo, Priscila. (2018). Género, poder y herramientas de comunicación online: relaciones sexoafectivas de pareja en los discursos de jóvenes en Cataluña. *Revista Teknokultura*, 15(2), 259-274. <https://doi.org/10.5209/TEKN.60363>
- Bourdieu, Pierre. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Butler, Judith. (1990). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, Judith. (2017a). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. A. Muñoz, Trad.). Bogotá: Paidós.
- Butler, Judith. (2017b). Cuerpos fragmentados: Respuesta a Monique David-Ménard. *Acta poética*, 38(2), 53-50. <https://doi.org/10.19130/iifl.ap.2017.2.800>
- Cortés, Luis; Polanco, María Victoria; Retamal, María Elena; Guerra, Karina y Farfán, Sebastián. (2018). Lo performativo en el performance art. *Revista Colombiana de Artes Escénicas*, 10, 9-20.
- Cosentino, Maximiliano. (2016). Cuestiones de principio. De la no-contradicción a "no hay relación sexual". *Revista de Filosofía y Psicoanálisis*, (1), 27-39.
- de Oliveira, João Manuel. (2019). Tránsitos de género: lecturas queer/trans de la potencia del rizoma género. *Revista de Educación*, X(18), 31-48.
- Duque, Carlos. (2010). Judith Butler: performatividad de género y político democrática radical. *La manzana de la discordia*, 5(1), 27-34. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v5i1.1527>

- Escobar, Manuel. (2016). *Cuerpos en resistencia: experiencias trans en ciudad de México y Bogotá*. Bogotá: Universidad Central-IESCO.
- Giddens, Anthony. (2011). *La Constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, Anthony. (2018). *Perfiles y crítica en teoría social*. Buenos Aires: Prometeo.
- Godoy, Daniela. (2013). Impactos de la performatividad del género en el feminismo argentino: la crisis de la "mujer" como categoría. *Revista del CEHIM*, 9(9), 81-101.
- Gomáriz, Enrique. (1992). *Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas*. Chile: FLACSO.
- Gros, Alexis. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género de la teoría queer. *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 16(30), 245-260. <https://doi.org/10.22518/16578953.547>
- Hernández, Ana Isabel y Pérez, Elisa. (2019). Sobre algunos antecedentes de la filosofía performativa. *Eikasia: revista de filosofía*, (88), 119-131. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6987602>
- Jarpa, María del Pilar. (2018). Que se quede el infinito sin estrellas?: El devenir diva en la performance de Pedro Lemebel. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 4, 1-34. <https://doi.org/10.24201/eg.v4i0.145>
- Llongueras, Anna y Pagès, Anna. (2018). La influencia de las categorías performativas de género en el éxito académico de adolescentes. Análisis de relatos de vida escolares. *Revista Feminismo/s*, (32), 343-365. <https://doi.org/10.14198/fem.2018.32.13>
- Mora, Ana Sabrina. (2017). Aportes de perspectivas analíticas sobre performance, performatividad, cuerpo y afecto para la comprensión de la producción de sujetos generizados en la escuela. *Cadernos Cedes*, 37(101), 131-144. <https://doi.org/10.1590/CC0101-32622017168675>
- Moreno, Hortensia Manuela y Torres, César. (2019). La noción de performatividad de género para el análisis del discurso fílmico. *Cadernos pagu*, (56), 1-36. <https://doi.org/10.1590/18094449201900560010>
- Nietzsche, Friedrich. (1972). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Piedra, Jhonatan. (2018). Un Nietzsche extraño: intersecciones entre el pensamiento nietzscheano y la teoría queer. *Revista Praxis*, (77), 1-19. <https://doi.org/10.15359/77.3>
- Plaja-Viñas, Teresa. (2017). Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea. *International and Multidisciplinary Journal of Social Sciences*, 6(2), 230-231. <https://doi.org/10.17583/rimcis.2017.2823>
- Reverter-Bañón, Sonia. (2017). Performatividad: la teoría especial y la general. *Isegoría*, (56), 61-87. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2017.056.03>

- Rocha, Tania; Pocaroba, Eréndira y Lozano, Ignacio. (2016). La noción de sujeto: puntos de encuentro y desencuentro entre el feminismo, la teoría de género y la teoría queer. *Revista GénEr* , 19(12), 21-49.
- Ruiz, Enrique. (2018). Pensar la naturaleza con Lacan: significativo, sujeto escindido y objeto a. *Tópicos del Seminario*, 1(29), 125-145.
- Sáenz, Marya; Pietro, Sylvia; Moore, Catherine; Cortés, Lilibeth; Espitia, Angie y Duarte, Liliana. (2017). Género, cuerpo, poder y resistencia. Un diálogo crítico con Judith Butler. *Estudios Políticos*, (50), 82-99. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=16449788005>
- Segovia, Macarena. (2019). La voraz política de Judith Butler: "no creo que el futuro sean las mujeres, creo que es el feminismo". *El Mostrador*.: Disponible en: <https://www.elmostrador.cl/braga/2019/04/08/la-voraz-politica-de-judith-butler-no-creo-que-el-futuro-sean-las-mujeres-creo-que-es-el-feminismo/>
- Vacarezza, Nayla Luz. (2017). Judith Butler en Argentina. Recepción y polémicas en torno a la teoría de la performatividad del género. *Revista Estudios Feministas*, 25(3), 1257-1276. <https://doi.org/10.1590/1806-9584.2017v25n3p1257>
- Vázquez, Mariana. (2018). Del género como diferencia sexual al género como performance, una revisión del concepto. *Revista Flectere*, (1), 10-22. Disponible en: <http://revista-csh.ler.uam.mx/index.php/rf/article/view/23>
- Villanueva, Iván. (2017). "Yo soy una Drag Queen, no soy cualquier loco". Representaciones del dragqueenismo en Lima, Perú. *Península*, 12(2), 95-118. <https://doi.org/10.1016/j.pnsla.2017.06.005>